

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:

48º festival internacional de Donostia / San Sebastian

Autor/es:

Lomillos, Miguel Ángel

Citar como:

Lomillos, MÁ. (2001). 48º festival internacional de Donostia / San Sebastian. Banda aparte. (20):78-79.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42501>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



48º FESTIVAL
INTERNACIONAL
DE DONOSTIA/
SAN SEBASTIAN
21-30 septiembre 2000



En compañía de Aurora Gómez Ciruelo
y su buen tino crítico

El bello e incomparable marco del Festival de San Sebastián nos ha ofrecido una muestra fehaciente de lo que es el cine en los albores del tercer milenio: crisis de ideas y de imaginación, recurso constante al realismo ingenuo y facilón, incapacidad para aplicar a las formas actuales la rica herencia de la historia del cine, en fin, el empobrecimiento visual, narrativo y simbólico de la mayoría de las películas a concurso.

Este es el cine que se hace ahora y no hay más cera que la que arde. A los cinéfilos menos estoicos nos podría tal vez consolar el saber que las otras artes caminan por el mismo panorama triston, contradiciendo por vez primera, desde el Renacimiento, el singular e histórico dato de que los cambios de siglo han sido siempre muy significativos en el terreno estético y cultural. En fin, son cosas de la sociedad del espectáculo.

Lo malo es que la mediocridad de la mayoría de las películas presentadas en la Sección Oficial revierte sin duda negativamente en la vitola de un festival señero que sigue luchando por mantenerse en la cresta de la ola y hace cada vez más grande la fractura con respecto a la prestigiosa Sección Zabaltegui (Zona Abierta), una especie de sección paralela no competitiva que se nutre mayormente de lo mejorcito que se recoge de otros festivales señeros (Zhang Yimou, Liv Ullman, Tran Anh Hung, Agnès Jaoui, Wong Kar-Wai, Alejandro G. Iñárritu...). Es evidente, y volvemos al tema inicial, que la actual producción anual de películas con verdadero marchamo de calidad resulta a todas luces insuficiente para cubrir los tres o cuatro festivales europeos de categoría A.

Una de las pocas películas que se salvaron de la quema fue *La comunidad*, de Álex de la Iglesia, película que mezcla la mejor tradición del esperpento español con algunas dosis del cómic y del gore y sobre todo del suspense hitchcockiano. El cineasta bilbaíno es un tipo listo y lúcido: "Yo no invento nada porque eso ya lo han hecho otros. [...] Hay que mezclar con ciertas dosis de inteligencia —el que la tenga— ya que los directores de hoy vivimos la resaca de lo que hicieron los grandes del cine —hoy muertos— sólo que lo hacemos con cariño y alegría".

Otros cineastas son incapaces de transmitir ese calor y entusiasmo y sus productos, inevitablemente posmodernos, destilan ese insoportable tufillo a cosa caduca, usada y abusada hasta la saciedad o suciedad. Los casos más flagrantes fueron dos películas de debutantes que trataron el manido tema de la juventud marginal por caminos opuestos pero igualmente vacuos: la insoportable *Alaska*, de la alemana Esther Gronenborn, mediante la estética fría del videoclip o de la publicidad y la diletante *Paria* del francés Nicolas Klotz, que nos quiso vender la moto (como en 1995 lo hizo su paisano M. Kassovitz) de la película víctima del sistema por sus reveladoras imágenes que en verdad no pasaban de la baratura de un hiperrealismo simplón. M. Kassovitz, por cierto, se presentó aquí en San Sebastián (¿?) con un ramplón *thriller* comercial que atiende al poético título de *Los ríos de color púrpura*. No menos poesía líquida contiene *El peso del agua* de Kathryn Bigelow, ciertamente aguada por el peso de la vulgaridad. La francesa *Sous le sable* de François Ozon es un acartonado intento por rescatar, de manera aburrida y depresiva, aquella "cierta tendencia del cine francés" que denunciaba Truffaut. La mejicana María Novaro imita mal el conocido *road movie* femenino de Ridley Scott y haciendo honor a su título nos dejó *Sin dejar huella*.

También ha habido algunas muestras de cine correcto, sin grandes pretensiones: *Shiner*, de John Irvin, película hecha a la medida de Michael Caine (que recibió este año el Premio Donostia); *Tinta roja*, de Francisco Lombardi, o la irlandesa *Country*, de Kevin Lyddy. Los dos filmes orientales que fueron a concurso, al contrario que sus homólogos en Zabaltegui, resultaron irregulares y más bien normali-

tos: la ligera *Barking Dogs Never Bite* del coreano Bong Joon-ho, y la espesa *Face*, del japonés Junji Sakamoto.

Dos películas interesantes que se llevaron premio trataban el tema de los horrores de la guerra o del terrorismo: *Before the Storm*, del iraní afincado en Suecia Reza Parsa, un filme intenso pero que acusa con exceso el empleo de las "coincidencias kiestlowskianas" (Mejor director y Premio de la Juventud) y *Harrison's Flowers* del francés Elie Chouraqui, un filme correcto pero necesario sobre la guerra de los Balcanes, con excesivos débitos al *look* norteamericano (Mejor fotografía).

Al final la pareja Ripstein-Garciadiego con la tragicomedia *La pérdida de los hombres*, un filme cachondo y cínico que sin ser nada que no conozcamos ya de esta pareja genial (excepto el tono jocoso dominante y la realización en vídeo digital en B&N), se llevó mercedamente la mejor golosina del Festival: Concha de Oro y Mejor Guión. Era la propuesta más valiente y arriesgada dentro de una competición gris y aguada. Cabe destacar también la participación española: *El otro barrio* de Salvador García Ruiz, que mereció un premio de más entidad que una Mención Especial y tres cintas presentadas en Zabaltegui: *El bola* (Acheró Mañas), *Aunque tú no lo sepas* (Juan Vicente Córdoba) y, sobre todo, la imprescindible *La espalda del mundo*, del peruano Javier Corcuera (Premio Internacional de la Crítica).

La decepción pudimos mitigarla con algunas películas de Zabaltegui (quiero resaltar aquí el vigor expresivo de la mejicana *Amores perros*, filme rabioso atemperado con un tema de Nacha Pop y el buen sabor de boca que nos dejó a todos la comedia francesa *National 7*) y los ciclos dedicados a Bertolucci, especialmente sus primeros filmes realizados con tanta pasión política ("*Ahora se hacen muchas películas y poco cine*", nos dijo el italiano), a Carol Reed (ocasión propicia para rever *El tercer hombre* y descubrir tantas otras) y Spanish'00.

En fin, la caída o degradación no es sólo del cine americano (*disneificación*, lo llama Terry Guillian), también lo es del cine europeo y mundial. El ejemplo más rotundo lo constata el imposible cotejo entre la maravillosa y emotiva *La sal de la tierra*, realizada con grandes dificultades y peligros en 1954 por Herbet Biberman al contar la historia de una gran huelga minera y el intento fallido por reconstruir aquel episodio en el año 2000 y con todos los medios de producción a su alcance en *Punto de mira* (*One of the Hollywood Ten*), del galés Karl Francis, la película encargada de clausurar este festival. Las buenas intenciones en retratar las terribles peripecias del cineasta H. Biberman, víctima de la caza de brujas, no impiden considerar la cinta de K. Francis como un filme plano, irregular, sin mordiente, tan académico y vulgar como los tiempos que corren.

MIGUEL A. LOMILLOS

45 SEMANA INTERNACIONAL DE CINE DE VALLADOLID 20-28 octubre 2000



Llevamos años diciéndolo. Nuestra voz se confunde con otras: "La Seminci es, quizás, el festival más riguroso y bien organizado de España. Acudimos con sumo placer". Fernando Lara ha conducido el certamen hasta cotas insospechadas y a estas alturas, dado el perpetuo clima de exaltación por buena parte de la crítica, sólo resta un enemigo que burlar: la autocomplacencia. No basta una selección brillante de filmes, la Seminci debe ofrecer un escaparate consecuente con el cine que se está haciendo en el mundo, más allá de autores consagrados o compromisos adquiridos. Debe ser, en palabras del director, arriesgada y radical.

Inauguró *Dancer in the Dark* (*Bailar en la oscuridad*, 2000), que forma junto a *Breaking the Waves* (*Rompiendo las olas*, 1996) un díptico en torno al sacrificio. Sus primeras imágenes, sumen al espectador en una oscuridad que, más tarde, entenderemos como un mecanismo de identificación con Selma (Björk), víctima de una progresiva ceguera. Terrible y fascinante, es un relato trágico, carente de música y narrado extrañamente con técnicas cercanas al Dogma, que se ve interrumpido sucesivamente por ensañaciones, que brotan de la mente de Selma en forma de musical. Von Trier, conceptualmente próximo al Herbert Ross de *Pennies from Heaven* (1981), intro-